

La epopeya de la clausura

La silueta de un filósofo

Christopher Domínguez Michael

I. SILUETAS

A fines de la Segunda Guerra Mundial, cuando los aliados liberaron Roma, encontraron una reliquia en George Santayana (1863-1952), nacido en Madrid y educado en Harvard; un rarísimo caso de “huésped del mundo”, filósofo estadounidense y, según su propio deseo, español hasta el fin de su vida. *Life*, en una crónica que atrajo a una pequeña legión de admiradores, fotografió a Santayana leyendo, en un parque romano, un libro del que, según el periodista, el filósofo iba arrancando cada página una vez que la leía. El detalle es falso pero refleja el toque de excéntrico un poquitín enloquecido que nimbó a Santayana, recordado por el gran público por una frase (“quien no conoce el pasado está condenado a repetirlo”) que ilustra mal o muy mal su pensamiento, dándole un tono de reconversión moral que le es extraña.

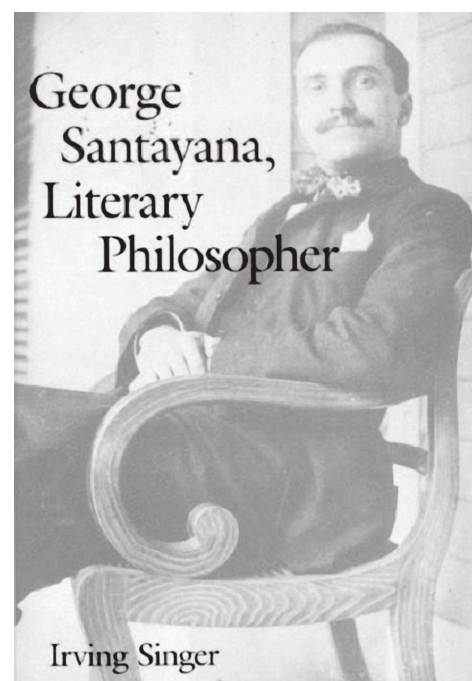
Entre quienes visitaron a Santayana, hospedado en el Convento de las Hermanas Azules, estuvieron Edmund Wilson, Robert Lowell y Gore Vidal, todos ellos atraídos por el cenobita que profesaba de anticonformista. Era el gran filósofo que había abandonado Harvard en 1912 para vagar libremente, según dijo, como un rinoceronte, por la llanura europea. Las estaciones de su vagabundeo (nada menos parecido a un peregrinaje) las conocen los lectores de *El último puritano*, su autobiografía en forma de novela, y de *Personas y lugares*, sus recuerdos que cabe calificar de maravillosos: Boston, Gotinga, Ávila. Su simpatía, acaso inofensiva, por Franco y Mussolini, pre-disponía a los curiosos. Antes de la guerra, Ezra Pound había votado por Santayana como uno de sus candidatos a reformador de la cultura, lo cual no era una buena reco-



George Santayana

mendación. En esos días crepusculares en los que fue célebre, Santayana bromeaba en que él, como el Papa, recibía muchas visitas que no estaba obligado a devolver. No a todos sus visitantes les dejó Santayana una buena impresión. El radical Max Eastman lo ridiculizó y dejó entrever públicamente la homosexualidad del filósofo, al grado de que éste dejó de recibir visitas.

Pero la moda pasó y en 1997, H.T. Kirby-Smith, uno de sus biógrafos y de quien he tomado algunos de los detalles antedichos, se quejaba de que Santayana aparecía poco en la incipiente Internet, siempre por debajo de los teóricos y de los retóricos franceses. A Santayana, antes, lo ignoraron los existencialistas, con los que algo tenía que ver y la filosofía analítica, malquistado como estuvo con Bertrand Russell, lo menospreció. En español, debe decirse, el aprecio por Santayana, desde las traducciones que hicieran José Ferrater Mora y Ricardo Baeza,



ha sido constante y circulan, reeditados o en nuevas traducciones, casi todos sus libros. En México, además, tuvo Santayana a un lector de primera, el Emilio Uranga de las *Astucias literarias*. Yo mismo, que conocía su única novela, *El último puritano* (1935), lo empecé a leer como filósofo gracias a la solemne entrada que Fernando Savater le dedica en su *Diccionario filosófico*. Por lo demás, quejarse de que Santayana es impopular es un sinsentido y hasta un agravio: no puede ser muy popular quien se destaca por su cordura.

La estima de Santayana no ha cesado de aumentar en la última década: el pensamiento neoconservador y el viejo liberalismo han salido en su búsqueda. Russell A. Kirk, ejemplar entre los conservadores en los Estados Unidos, ha comparado a Santayana con Estilipón, un socrático que frente a Demetrio, saqueador de Megara que le ofrecía una reparación, dijo que a él sólo

se le podía quitar su elocuencia y su saber. El paralelo no es muy eficaz, porque a Santayana no le interesó retar a los poderosos del mundo, pero expresa otra de las características notorias en el inquilino de las Hermanas Azules, su indiferencia ante esa historia cuyo desconocimiento nos condenaría a la repetición. A Gore Vidal, quien le pidió, periodísticamente, su parte como testigo del sangriento siglo XX, Santayana le respondió, desdeñoso, que habiendo nacido al final de la Guerra de Secesión y siendo ya muy viejo, sólo le habían tocado nueve años de guerra, que le parecía pocos para una larga vida.

Filósofo literario o novelista filósofo: así se le llama a Santayana, practicante de un pensamiento que en algunos de sus libros es cordial y hospitalario (*Diálogos en el lim-*

bo, por ejemplo) aunque ese trato acabe por ser ilusorio para quienes carecemos de una formación filosófica. Santayana concede que el menos académico de sus lectores está del todo familiarizado, para empezar, con los presocráticos y con Platón. Su filosofía, lo que me consuela, está estrechamente ligada a la crítica literaria y con leer *Tres poetas filósofos* (1910) o *Interpretaciones de poesía y religión* (1903) no sólo se entusiasma el lector de literatura, sino que aparece y no se va nunca el apetito por su filosofía: yo leo y releo *Escepticismo y fe animal* (1923) y entre menos entiendo más feliz soy.

De las visitas rendidas a Santayana y luego rememoradas por escrito, la de Wilson, publicada en *The New Yorker* en 1945, es la primordial. Este último no oculta que su visita se debe a un equívoco, el envío de

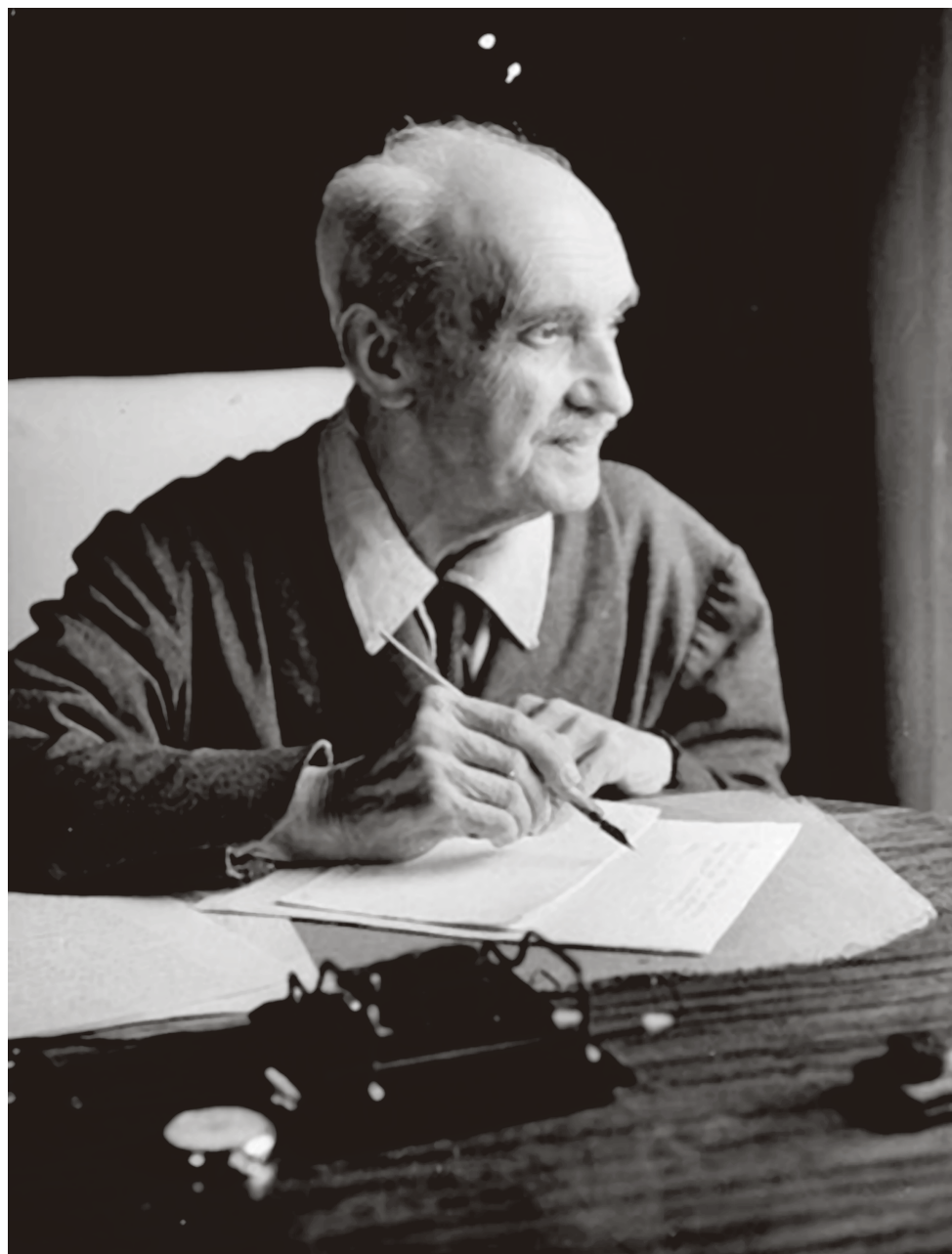
un ejemplar autografiado de *Personas y lugares* (cuya primera parte es de 1944), la autobiografía de Santayana, que el filósofo no recordaba haberle firmado ni enviado. Wilson encuentra a su anfitrión, a la vez, femenino y felino, y registra lo que el viejo estaba leyendo, no sólo Aristófanes, sino Jane Austen y una novelista victoriana olvidada, Charlotte Young. Que ésas fueran sus lecturas de vejez resulta lógico cuando se leen sus ensayos literarios, caracterizados por un espíritu cómico cuya pureza aristofánica lo capacita para entender a Dickens perfectamente. Frente a Wilson, no se cansa Santayana de alabar a Dickens como el verdadero vino, el más tonificante.

La modesta pieza de Santayana en el Convento de las Hermanas Azules sorprendió a Wilson, quien siempre cierra sus crónicas con un detalle notable y conmovedor y, en esa ocasión, resalta la pequeña cama individual de Santayana desde la cual el filósofo piensa en la enormidad de la mente humana. A Santayana, dice Wilson en *The Forties*, era difícil imaginárselo preocupado por la muerte.

II. CRÍTICOS FILÓSOFOS

Los filósofos no suelen destacarse como críticos literarios. Eso dice Irving Singer en uno de los estudios que ha dedicado a Santayana (*George Santayana, Literary Philosopher*, 2000), argumentando que el filósofo está predispuesto profesionalmente al juicio dogmático, mientras que el crítico literario, ante la filosofía, tiende a vagar, apenadísimo, como si fuera el fantasma del padre de Hamlet.

Se conoce que Santayana fue, por excelencia, el filósofo literario, no porque haya dejado teorías perdurables sobre la literatura ni porque su estética, tenida por neoplatónica, haya sido muy influyente, sino por haber transitado por todos los caminos que unen a la literatura con la filosofía. René Wellek, en su *Historia de la crítica literaria*, reconoce que Santayana, como Croce y Bergson, combinó a la crítica literaria con la filosofía práctica, pero con resultados engañosos, si no es que mediocres. En ese costal, Wellek arroja libros como *El sentido de la belleza* (1896) y toda la parte



George Santayana

estética de *La vida de la razón* (1905). La poesía, en su generalidad, es, para Santayana, descanso, fuente de salud, libertad de la imaginación. Sólo la verdadera poesía (de la que está excluido Shakespeare), elevada a su más alta potestad, es religión y entre sus profetas Santayana sólo incluye a Homero, a Lucrecio, a Dante, a Goethe, a Wordsworth. Se burla Wellek de que Santayana soñase con la aparición de un nuevo tipo de poeta, a la vez religioso, moral y “científico”, fantasía académica no muy distinta a lo que soñaban los victorianos.

Otro asunto fue la relación de Santayana con la literatura de los Estados Unidos. En *The Genteel Tradition in American Philosophy* (1911) y en sus continuaciones, Santayana condenó a Emerson y a los pragmatistas como calvinistas atenuados o pacatos. No le gustaba esa combinación de moralismo, tibieza filosófica y espíritu mercantil. Compartió, en ese sentido, algunas taras con H.L. Mencken: incomodidad ante Whitman (demasiado “democrático” para el gusto de ambos) e indiferencia ante Faulkner. En cuanto a *Moby Dick*, ni Santayana ni Mencken supieron qué libro era ni cómo abrirlo ni en qué idioma estaba escrito. Y cada cual tenía “su” moderno: Proust fue la excepción para uno como Pound para el otro.

Santayana es recordado por contarse, con Tolstoi y T.S. Eliot, entre el selecto club de aquellos que se han atrevido a levantar la mano contra Shakespeare. En “De la ausencia de religión en Shakespeare”, que sería el capítulo VI de *Interpretaciones de poesía y religión* (1903), Santayana lo acusa de haber elegido la nada contra la religión, tachándolo de pagano, taciturno y bárbaro. No encuentra ni tragedia humana, ni destino universal ni ley divina en Shakespeare y sólo concede su sobrevivencia por la variedad que de lo humano ofrece. La positividad, supone, le echará en cara su ignorancia de la filosofía y de la religión.

Amén de carecer de toda justicia histórica, esta andanada contra Shakespeare es curiosa por provenir de un platónico que nada tenía de persignado, alguien que conservó toda la ceremonialidad un tanto escéptica del catolicismo español en el que nació. En su exigencia de que el autor de *Hamlet* “signifique” moralmente, Santayana se pa-

rece extrañamente a los críticos marxistas de su generación. Como Sartre ante Flaubert o Lukács ante el “realismo crítico”, Santayana colocó a Shakespeare ante ese cúmulo de expectativas veleidosas que ningún clásico, antiguo o moderno, puede satisfacer ante la exigencia de un crítico.

Sorprende Santayana cuando encuentra defectuoso lo pagano en Shakespeare, pues desde Gibbon no se conocía pintor más glorioso de la agonía pagana. Dice en *Interpretaciones de poesía y religión*:

El lecho de muerte del paganismo estuvo rodeado de doctores. Algunos, los estoicos, recomendaron una conversión al panteísmo (con una interpretación alegórica de la mitología con propósito de edificación). Otros, los neoplatónicos, prescribieron en cambio una filosofía sobrenatural, donde la eficacia de todos los ritos tradicionales estaría asegurada por su incorporación en un sistema de magia natural y donde los dioses encontrarían su lugar entre las legiones de los espíritus y los demonios...¹

El ensayo sobre Lucrecio en *Tres poetas filósofos* (1910) es una de las piedras de toque de su filosofía y uno de los ensayos más hermosos que se han escrito en todos los tiempos. En Lucrecio, Santayana encontró la horma de su zapato, como Wilson en Turgueniev o Lukács en Balzac... “Por vigorosas y palpitantes que sean”, dice Santayana de *De Rerum Natura*, “sus descripciones de la primavera, de la ambición, de los florecientes cultivos, de la victoria intelectual, palidecen ante los vívidos toques con los cuales pinta la proximidad de la muerte...”²

A Dante le reconoce Santayana el ser un caso único, el poeta que clasificó el mundo como si fuera un moralista sistemático. Y jugando con la autoridad de Musset, Santayana se pregunta por qué Dante condenó, en apariencia, a Paolo y a Francesca no al tormento sino a la felicidad absoluta radicada en el eterno cumplimiento de lo que sus instintos les exigían. Santayana, un céli-

be, no ignoraba que Dante tenía razón y que no hay tortura más horrible de imaginar que alimentarse eternamente del ser amado. Sorprende, en cambio, que lo ignorase Alfred de Musset, que vivió precisamente ese holocausto con George Sand. Cada generación tiene sus ignorancias, decía Gore Vidal, pero que un romántico (y un románticoide) como Musset ignore esos resquemores o los encuentre paradisiacos, da qué pensar y eleva a Santayana por encima de los aprendices románticos.

El dictamen de Santayana sobre Goethe, finalmente, no va más allá de su enunciado: “Goethe fue el hombre más ilustrado de la humanidad; demasiado ilustrado acaso para ser un filósofo en el sentido técnico del vocablo o para someter ese mundo salvaje a la ortopedia de una terminología sutilmente cerebral”.³

De la crítica de Santayana (reunida por Singer en *Essays of Literary Criticism*, 1950) destaca, también, el ensayo sobre Shelley, que no le era nada antipático. El conservador Santayana encontraba admirable la pureza del platonismo en el rebelde Shelley, un ángel que no sabe gran cosa del mundo ni de la vida. Festeja en Shelley su alegre, mirífica religiosidad sin cristianismo. El amor a lo bello lo autorizaba a ser vandálico.

No es habitual encontrar en quienes se baten por las teorías (y vaya que éstas gozaron en el pasado reciente de divulgadores y exégetas) una defensa de la belleza poética de la teoría en tanto que teoría como la de Santayana en *Tres poetas filósofos*:

Cierta especie de sensualismo o de esteticismo ha decretado en nuestros días que la teoría no es poética, como si todas las imágenes y emociones que sacuden una mente cultivada no estuvieran saturadas de poesía.⁴

Menos mal que Santayana está para demostrar que los filósofos no se destacan como críticos. Otro capítulo a escribirse sería el dedicado a las malandanzas de los críticos en el mundo de la filosofía, como émulos atarantados del padre de Hamlet. ■

¹ George Santayana, *Interpretaciones de poesía y religión*, traducción de Manuel Garrido, Cátedra, Madrid, 1993, p. 91.

² *Ibidem*, p. 41.

³ *Ibidem*, p. 43.

⁴ George Santayana, *Tres poetas filósofos*, traducción de Jorge Ferrater Mora, Tecnos, 1995, p. 88.